

LOS CRONISTAS DE "LA VOZ"

Perfiles del ambiente

El Cuerpo de Bomberos

Una institución providencial.-Prehistoria y evolución del Gremio.-Una visita al Cuerpo de Bomberos.-"Shalamanco", Pío y Joshe Mari.-Los grandes incendios.-"El de la calle Urbieta".

I

De todas las instituciones de seguridad pública creadas por nuestro ilustre Ayuntamiento ninguna tan providencial, ninguna tan santa como la de los bomberos. La de los serenos es simpática y útil, pero representa el principio de autoridad y esto es ya un peligro para los ciudadanos que no andan muy derechos. Está también la guardia municipal, linajuda e histórica, que nos ha creado personajes tan inmortales como «El Gallo», «Eso no es mear», «Lepoker», «Patachula», «Mataburras», «Botellines», manes del gremio, honra y prez del Municipio. Pero la guardia municipal representa igualmente, aunque esmirriadamente, el principio de autoridad, lo cual también es un peligro, sobre todo para los chicos. Nos queda, pues, una sola institución intangible: la de los bomberos. Ella condensa las más nobles virtudes: el anhelo perenne de bien público, el heroísmo fecundo, la abnegación austera, el valor sereno, la humildad, la modestia... No disfruta el bombero de un instante de absoluto, de total reposo. Cuando toda la ciudad se halla entregada a sus tareas; cuando los hombres trabajan, se divierten o duermen, el bombero está ahí, despierto, alerta junto al lumbre de alarma, esclavo del deber, misionero de la salvación pública, presto a dar su vida por la ajena.

Desde niño he sentido por el bombero una instintiva simpatía. Me encantaban sus ejercicios en la Plaza Consistorial y me admiraban su arrojo y su pericia en los incendios. En las tertulias infantiles bajo el histórico árbol de Postazarra, «para contar cuentos», las hazañas de los bomberos eran objeto de nuestros elogios. Nos parecía —a mí sigue pareciéndome— que un bombero era superior a un general. Y ello es verdad: hay generales que huyen ante el enemigo y el bombero busque siempre, en el siniestro, el lugar más peligroso... Al pasar frente a un depósito de bombas, detéñame para contemplarlas y mirar con envidia a los más famosos bomberos de la época: Ramón Artola, ya retirado; Pío Ibaraguren, Ramón Gabarrain (a) «Shalamanco», Joshe Mari Manrique... Si me topaba en alguna casa con una placa de bombero, sentía accesos de proselitismo.

—Oye, tú—le decía al primer chico que



Los tres de la guardia vieja

pasara por mi 'ado', ah, vive un bombero.

—Y qué con eso?—me contestaban habitualmente.

Tenían razón, ¿Y qué con eso?... Es que ellos no comprendían la emoción de esta palabra: «bombero», que trasciende un no sé qué de apostolado social. (Bombero!) Me habría gustado serlo. No pudo ser. No podía ser: estos pobres huesos míos no daban para tanto...

—No está aquí.

ANTIGUAS Y PINTORESCAS MANERAS DE APAGAR INCENDIOS

Gracias a don Baldomero Anabitarte, que ha escrito un libro titulado «El Municipio de San Sebastián en el siglo XIX», hemos podido conocer algunas antiguas y pintorescas costumbres donostiarras relacionadas con los siniestros.

Allá por 1800, antes y aun hasta 1842, los incendios se anuncianaban a toque de campana. El primer hombre que observaba un incendio estaba obligado a dar aviso a la parroquia.

Todas las casas que poseyeran pozos de agua debían abrir sus puertas y enviar sus «herradas» con agua. A no hacerlo, sufrían una multa de un ducado de vellón.

—Bajo pena de cuatro ducados de vellón, todos los maestros de obra estaban obligados a concursar al incendio.

También debían concursar los toneleros, carpinteros, canteros, albañiles, con sus picas, hachas y demás instrumentos. Un ducado de vellón de multa si no concursaban.

—Si el incendio se producía por la noche, los serenos debían anunciarlo «con voz fuerte e inteligible» dando el toque



Los tres de la guardia vieja

bre de la calle y el número de la casa incendiada.

PREHISTORIA DEL CUERPO DE BOMBEROS

Allá por el año 1847 se formaliza definitivamente una institución, la Sociedad de Seguros Mutuos contra incendios, con carácter municipal. Diríjala facultativamente el arquitecto Alarife. En Junta General anual se nombraba el capataz de bombas y demás personal, que lo constituyan un encargado especial del depósito de agua de las mismas bombas y veinte maniobreros, escasamente pagados.

Si el incendio se producía en casa de un asociado, los gastos se pagaban entre éste y la Sociedad. De no ser asociado, el interesado debía pagar íntegramente los servicios prestados por los bomberos.

—Cada hogar debía aportar a todo incendio un miembro de la familia «con una herrada de agua, que echaba donde se le indicase, mientras fuere necesario».

Hacia el año 1890 se formó el Cuerpo de Zapadores-bomberos, basado en la Sociedad de Seguros ya existente y con una orientación clara y definida.

UNA VISITA AL CUERPO DE BOMBEROS

Con la idea de documentarme para hilvanar estas crónicas visité tardes pasadas el depósito de bombas de la calle Aldamar. Pregunté por el jefe, arquitecto señor Alday. Media docena de bomberos me respondieron a un tiempo, sonrientes:

—No está aquí.

Un bombero joven, alto, fornido, agresivo:

—Para verle «tendrás» que ir al Ayuntamiento...

Y sonríe. Despues, insiste:

—Pero, mira, «Ehahisto», si podemos servirte nosotros, no tienes más que mandar...

Acicateado por el inesperado «tuteo» mío al bombero y le pregunto:

—¿Quieres decirme quién eres?

—¿No te acuerdas? Justo Beasain, hombre, Justo Beasain. Compañero tuyo de colegio en la escuela de Peñaflorida con aquel pasante cojo, más malo que Caín.

—De cuyo nombre no quiero acordarme—le digo.

—Ni yo! Y ese que se sonríe ahí es otro compañero: Echave. ¿Te acuerdas?



Un salvamento

—Me acuerdo ahora que lo advierto. ¡Es que habéis echado un cuerpo que ni los de Villagodio! Pues, muchachos: necesito algunos datos.

—Lo que quieras, hombre, lo que quieras!—exclama Beasain, que es maquinista. Mirale a ese que viene ahí: Es «Shalamanco», el «quequerra». ¿No lo conoces?

—¡Cómo no!

—Llámale «quequerra» en el periódico.

—Se va a enfadar.

—¡Ca, hombre! Llámalo «quequerra», que le gusta... Ese otro que viene es Pío Ibaraguren. Aquel otro, Joshe Mari Manrique, los tres más antiguos del gremio.

—¡Y Ramón Artola!

—Ya se retiró hace años.

El recuerdo del viejo compañero despertó en «Shalamanco» la afioranza de aquellos buenos tiempos.

—Erramón Artola!—exclama «Shalamanco»—. Ya echó unos «berzoss» muy bonitos cuando el incendio «del Gas», en el 97.

—¡Versos también!

—Tamién, tamién.

Y «Shalamanco» desata la cuerda poética-musical de Erramón Artola:

—Bertso batubek berriyak,
Guzit ondo mereriyak,
Donostiyako bomberuentzat
Oroimengari jarriyak;
Itz guchirequii esango ditut
bear bezela eguiyak,
kontu artzeo jende ederra
daucala gure erriyak.

—Aguintari da Muguerza
guizon fiia ta zorroza,
urrengo Joshe Mari Uranga
baduste elkarren antza;
zerbait daniun beti aurretik
sartzeko ez dira lotza,
ascotan erakuzi oideute
ex dutela edol otza.

—Iru capazai sei kabo,
berroguei ta amar bombero,
amar supiente iru korneta
eta bestie bi gueyago;
anaitasuna obegerikan
izion estagola nago,
aserrerrikan sekulan era
oyen artzean estago.

LA BUENA ESTRELLA

Formamos animada rueda la media docena de bomberos allí presente y yo.

—¿Cuántos bomberos han muerto o se han herido en los incendios?—interrogo.

—¿Morir? ¿Herirse?—exclaman todos asombrados.— (Ninguno)!

Solamente Antonio Olazabal se rompió una pierna, el 8 de Abril de 1920, a la vuelta de un incendio ocurrido en Irún. Difícele que los bomberos tienen un hada que vela por su vida. No está mal, ya que el Ayuntamiento no les aumenta el sueldo...

LA VIRGEN DEL CORO, SE SALVA

—¿Se producen muchos incendios?

—En 1920 se produjeron, en San Sebastián y fuera, 116 incendios. En 1921, se produjeron 160.

—Intencional, alguno?

—Ninguno. Todos casuales.

—En 1905 se quemó el Altar Mayor de la iglesia de Santa María. Pero se salvó la Virgen del Coro.

—¿Jesús, qué contentas estaban las beatas!—exclama «Shalamanco»—. Todos los años celebran misa de gracia.

—Pó尔 el milagro, amigo «Shalamanco»...

—Por el milagro? Si no vamos perdonato nosotros, ya le diría yo milagro!

—Pero a ustedes les habrían dado las beatas algún «amaiaketa»...

—«Amaiaketa»?

—Y uniendo el pulgar y el anular de la mano derecha, «Shalamanco» estira el brazo y dice expresivamente:

—¡Ni tanto así, errecristo!

LOS GRANDES INCENDIOS.—EL DE LA CALLE URBIETA

—Díganme, compañeros, ustedes estuvieron en el incendio de la calle Urbieta?

—Sí, sí, y en Santander también, cuando lo del Machichecho.

—Me interesa el de la calle Urbieta. Fue un incendio terrible.

—Terrible, sí, sí.

—Empezó en la bodega de la casa número 6, perteneciente a la confitería de don Benito Odriozola, el 19 de Marzo de 1893. ¿No es así, «Shalamanco»?

—Así es. ¡Buen memoria que te tiene usted!

—«Erregular» no más. Ustedes los bomberos llegaron tarde.

—Tamién es sierto.

—...Y el público les recibió a gritos...

—Tamién.

—Seamos justos, «Shalamanco»: ustedes llegaron tarde, pero se portaron como tigres.

—¡Bah! Lo nuestro tiene poca «importancia». Gracias al arquitecto Goicoa, que organizó muy bien el defensa.



Agua va!

—Habrá mucha gente cuando llegaron ustedes.

—¡Uf! Un multitud tremenda. Soldaos, miqueletes y guardias civiles y así, rempujaban á la gente. ¡José, qué gritería! A la una ó así ya llegamos. Y deseguida, jásá, á echar agua.

A la una y media de la madrugada el espectáculo del incendio, según lo he oido á mis mayores, era aterrador. Grandes columnas de humo, primero, y grandes llamas después, que llegaban casi hasta

Los bomberos, de maniobras

pasara por mi 'ado', ah, vive un bombero.

—Y qué con eso?—me contestaban habitualmente.

Tenían razón, ¿Y qué con eso?... Es que ellos no comprendían la emoción de esta palabra: «bombero», que trasciende un no sé qué de apostolado social. (Bombero!) Me habría gustado serlo. No pudo ser. No podía ser: estos pobres huesos míos no daban para tanto...

—No está aquí.